

La cuestión poscolonial

Yves Lacoste

Traducción de Eréndira Reyes

Pronto hará sesenta años que India es independiente, igual que Pakistán, y más de cincuenta años que se efectuó la batalla de Dien Bien Phu. Hace más de cuarenta años, después de más de siete de guerra, que Argelia obtuvo su independencia, seis años después de Marruecos y de Túnez. Mucho más tardía que la independencia de las demás colonias del África tropical, la de las colonias portuguesas data de hace ya treinta años. Si bien durante años algunos pudieron imaginar que se había dado la vuelta a una página de la historia, ahora parece que, desde inicios de 2000, se reactivó un gran debate sobre la colonización pero, al parecer, este hecho se presenta en menor medida entre los pueblos aún sometidos en el siglo XX a la dominación europea que en las ex metrópolis coloniales, en particular, en Francia.

En los países que fueron colonizados, sobre todo aquellos cuya independencia nacional es relativamente reciente, y en los que las manifestaciones de sentimiento nacional son uno de los mayores factores de la vida política, reiterar la lucha común contra el colonialismo es casi un ritual, pero es aceptado. Por otra parte, en los países de Europa occidental en los que la idea de nación ya casi no se expresa de manera mayoritaria, la prensa, cada vez con mayor frecuencia, repite por lo general favorablemente numerosos discursos y obras que denuncian –para retomar una fórmula consagrada– los crímenes que cometió durante siglos la colonización, incluyendo sus últimos años. Esta a menudo se asimila con la esclavitud e incluso, cada vez más a menudo, con acciones de genocidio más o menos deliberadas.

Ahora bien, lejos de llamar a una actitud general de arrepentimiento hacia los pueblos que resultaron víctimas de ello, esta acusación al colonialismo se inscribe sobre todo en el campo político interno, en particular en lo que se refiere a Francia. Es así como se denuncia retrospectivamente a la derecha y a la extrema derecha, a las que se acusa de haber efectuado guerras coloniales e, incluso, a la izquierda clásica, a la que se le reprochan la política colonizadora de la III República e inclusive su implicación decisiva en la guerra de Argelia.

En aquella época, los anticolonialistas (que eran pocos) instaban a sus conciudadanos a exigir de nuestros gobernantes el final de un conflicto que, en la ola general de las descolonizaciones, no tenía salida alguna y deshonraba a Francia. A pesar del eslogan “Argelia es Francia” del que se abusó mucho, había que reconocer finalmente la independencia de una nueva nación. Se denunciaba el uso sistemático de la tortura, pero entonces a nadie se le ocurrió mencionar otro genocidio.

En nuestros días, un nuevo movimiento anticolonialista (¿un neo anticolonialismo?) apoya, ciertamente en el plano internacional, algunos movimientos de independencia como el de los chechenos o el de los palestinos (denunciando a veces la inminencia o incluso la perpetración de un genocidio), pero estos retos esenciales son, en mi opinión, de política interna. Para calibrar la verdadera importancia del asunto, es necesario que se tome realmente nota de que las relaciones entre los países de Europa occidental y los de Asia o de África han sufrido grandes cambios, no sólo en el plano político, sino también en el demográfico. No se trata ya de colonización, sino del momento poscolonial.

No sólo hubo independencias (y las diversas formas de neocolonialismo no deben disminuir el alcance de estas) y la población de cada una de las antiguas colonias se triplicó –por los cambios de carácter sanitario en todo el mundo- sino que, sobre todo, se invirtieron las relaciones migratorias entre Europa occidental y África o el mundo indio. En la época colonial, con excepción de algunos casos particulares como Argelia y Sudáfrica, la dominación de los países africanos y asiáticos la efectuaban un muy pequeño número de europeos, la mayoría procedentes de Europa, a donde regresaban una vez terminada su carrera (de este modo, la India inglesa, que contaba con 300 millones de hombres y mujeres, era dirigida por unos 30,000 británicos secundados, es cierto, por un gran número de personas de influencia, auxiliares y funcionarios “indígenas”). Desde las independencias, y sobre todo desde hace algunos decenios, se estableció un movimiento inverso y con una importancia numérica totalmente diferente a partir de muchos países de Asia, de África y del Magreb hacia Europa occidental y, en particular, hacia sus antiguas “metrópolis” coloniales. Otra diferencia, estas migraciones a las que se puede llamar poscoloniales tienden a establecerse en los países de Europa occidental.

Esta implantación de un gran número de indios, paquistaníes, antillanos, africanos procedentes de los países del Commonwealth [Mancomunidad británica de naciones] provocó, ya desde 1960, fuertes reacciones racistas en el Reino Unido, las cuales, a su vez, suscitaron movimientos antirracistas (véase el artículo de Delphine Papin). Un fenómeno similar ocurrió en Francia, pero sobre todo a partir de 1980 (la primera aparición electoral del Frente Nacional data de 1983), cuando el apogeo de la inmigración argelina, y magrebí veinte años antes, desde la época posterior a la guerra de Argelia, al principio casi no representó ningún problema mientras el desempleo (antes de 1975) no fue muy importante.

Como la extrema derecha realiza su campaña sobre todo contra los argelinos y, más ampliamente, contra los margrebíes que viven en Francia, el nuevo movimiento anticolonialista ha podido reactivar mejor, contra ésta y contra la derecha, la tonalidad de los eslóganes contra el colonialismo y la guerra de Argelia (en aquella época, Le Pen se erigió defensor de la Argelia francesa). Y, como más de la mitad de los casi cinco millones de personas de cultura musulmana que viven en Francia nacieron en este país y, por ende, son francesas, el nuevo movimiento anticolonialista puede llevar a cabo su campaña en el plano interno, esgrimiendo el argumento de que las discriminaciones que sufren esos hijos de inmigrantes efectivamente son la prueba de que a la sociedad francesa la atraviesa la “fractura colonial” [Blanchard *et al.*, 2005], como a cualquier otra sociedad poscolonial. La prueba de lo anterior es que se lanzó un “Llamado para las Sesiones del anticolonialismo poscolonial” el 19 de enero de 2005 en la página internet <http://toutesegaux.free.fr/> (retransmitida en especial en la página www.oumma.com, preciado sitio para algunos islamistas, y que tiene la bendición de miembros activos del movimiento anticolonialista) por iniciativa de investigadores y de militantes surgidos de la inmigración, que se proclamaron los “indígenas de la República” –con el pequeño detalle de que los inmigrantes magrebíes, africanos y sus hijos representan actualmente en Francia entre 10 % y 12% de la población cuando, en las colonias, los verdaderos “indígenas” constituían una enorme mayoría.

Distintos tipos de situaciones coloniales y poscoloniales

Con toda seguridad, es importante reflexionar en la cuestión poscolonial, no como pretenden algunos, para “hacer tabla rasa del pasado”, sino para enfrentarla con mayor eficacia. En las universidades angloamericanas se están desarrollando desde hace veinte

años los *poscolonial studies*, encabezados especialmente por investigadores e investigadoras procedentes de la Unión india. Estas investigaciones están orientadas básicamente a la cuestión de las literaturas en lengua inglesa y otras lenguas imperiales (véase el artículo de Emilienne Baneth-Nouailhetas). La cuestión poscolonial tiene que ver en la misma medida con un enfoque geopolítico.

Por “cuestión” entiendo, a partir de lo que asienta el *Robert*, no tanto, por supuesto, la respuesta a una interrogante, sino un problema que implica dificultades por resolver de tipo teórico o práctico, en suma, un conjunto de conocimientos incompletos e inciertos que da lugar a discusiones. A finales del siglo XIX, los diplomáticos trataban la “cuestión de Oriente” refiriéndose al Imperio otomano. Cuando Stalin escribe en 1913 sobre la cuestión nacional (*El Marxismo y la cuestión nacional*), su preocupación es sobre todo exponer sólo los aspectos teóricos que no contradigan mucho las luchas de clase, las cuales, por el contrario, Lenin consideraba primordiales. Más que mencionar aquí en un elevado grado de generalización y de abstracción una especie de teoría general de la colonización –se trata en primer lugar de fenómenos eminentemente geopolíticos (rivalidad de poderes en algunos territorios y de los hombres que allí se encuentran)-, me parece más útil esbozar brevemente la gran diversidad de lo que fueron las situaciones coloniales y la diversidad aún más grande de las situaciones poscoloniales, porque se trata también de aquellas de las antiguas metrópolis coloniales. Algunos de los discursos actuales sobre el colonialismo hacen creer en ocasiones que en todos lados fue del mismo tipo, cuando en realidad las formas de colonización, según las épocas y las regiones, fueron muy distintas unas de otras.

Aquello a lo que se llama colonización es un extraordinario fenómeno geopolítico, puesto que se extendió a casi todos los continentes (con excepción del Antártico): toda África y América, y una gran parte de Asia. Por su parte, los Estados que no fueron colonizados tienen algún vínculo con la cuestión poscolonial, en virtud de que la mayoría de ellos efectuaron conquistas coloniales, ya se trate de Estados de Europa occidental o de Rusia, que controla aún en nuestros días a los pueblos del Cáucaso y de Siberia. Los pueblos de los Balcanes fueron dominados hasta el siglo XIX por el Imperio otomano. Sin embargo, en este caso, podemos preguntarnos si la colonización, al menos la que da inicio con el descubrimiento de América en el siglo XVI, no implicaría exclusivamente una dominación de europeos sobre no europeos. Ahora bien, la expansión colonial de los ingleses empezó casi por Irlanda –sus acaparamientos provocaron de 1845 a 1847 una espantosa hambruna y se aferraron a esta isla tan cercana hasta principios del siglo XX. Japón no fue colonizado pero –en el sentido completamente europeo del término- colonizó Formosa, Corea y Manchuria. El Imperio de China debe a las rivalidades de media docena de imperialismos saqueadores haber podido escapar al estatus de colonia o de protectorado, pero domina aún en nuestros días el Tíbet, Sin Kiang y una gran parte de Mongolia, donde los chinos llevan a cabo una verdadera geopolítica de asentamiento en detrimento de los autóctonos.

Colonias de asentamiento (europeo) y colonias de explotación (de los indígenas)

Sabemos que por tradición se ha diferenciado a las colonias llamadas de asentamiento (europeo) de las que son de “reclutamiento” o de “explotación” (de los indígenas). Las primeras son las de los continentes americano y australiano, en donde la población indígena relativamente escasa en número sufrió una fuerte reducción por el “choque viral”, es decir, por la propagación involuntaria de las enfermedades del Viejo mundo

entre la población no inmunizada. Además de esto, dichas “colonias de asentamiento” que, por lo general, encuentran eco favorable en la prensa, también constituyen aquellas en las que se practicaron diferentes formas de genocidio: en Perú, mediante el uso deliberadamente mortífero del sistema de faenas agrícolas tradicionales para la explotación de las minas de oro y plata (carentes de todo proceso de ventilación); en Estados Unidos y Canadá, hasta finales del siglo XIX, con las masacres de tribus indias, la exterminación sistemática de los bisontes con los que estas se alimentaban, la propagación de la viruela a través de la distribución de cobertores infectados cuando los europeos habían sido vacunados. La exterminación de los aborígenes fue sistemática en La Patagonia y en vastas regiones de Australia. En una gran parte del mundo, no hay duda alguna de que verdaderos genocidios deliberados fueron las herramientas de la extensión de las colonias de asentamiento, las cuales absorbieron los excedentes del fuerte crecimiento demográfico de la Europa occidental en el siglo XIX.

Los europeos, como resultado de una fuerte inmigración, pronto formaron la mayor parte de la población de estas colonias. Esta practicó cultivos de subsistencia para alimentarse, y el hecho de poder distribuir amplias extensiones de tierras que se habían vuelto “vírgenes” por la desaparición de los autóctonos contribuyó ampliamente a la formación de sociedades más o menos igualitarias y democráticas. Hay que notar de cualquier modo que la importación de esclavos africanos a las Antillas, a Brasil y a Estados Unidos es una forma “particular” y muy poco democrática de colonia de asentamiento.

Las colonias de explotación, por mucho las más numerosas, fueron aquellas en las que los europeos pudieron, haciendo uso de distintos intermediarios, hacer trabajar a los indígenas o, como en América, a los esclavos llevados de África para generar los productos agrícolas que no fueran plantas comestibles; estos eran relativamente costosos y estaban destinados a la venta en Europa, donde no podían producirse. Del mismo modo, la mayoría de las colonias de explotación están situadas en el mundo tropical. Sin embargo, la distinción clásica entre colonia de asentamiento vs colonia de explotación es demasiado esquemática, puesto que tanto una como la otra fueron realizadas en Estados Unidos y en América Latina –las colonias de explotación latinoamericanas al inicio de la colonización se transformaron poco a poco en colonias de asentamiento por la inmigración europea y el mestizaje cultural de los amerindios o de los descendientes de africanos que, en su gran mayoría, hablan actualmente español o portugués.

La alianza de pequeños grupos de europeos y de personalidades influyentes autóctonas

Las características económicas y culturales contemporáneas de la mayoría de los países que fueron colonizados son, en gran medida, consecuencia de las formas de dominación practicadas por las diversas potencias coloniales y de las elecciones geopolíticas de los colonizadores. En primer lugar, es necesario comprender de qué modo fue posible llevar a cabo la colonización de poblaciones numerosas y de Estados poderosos, cuando la conquista en la mayoría de los casos fue realizada por grupos muy pequeños de europeos (y, en el caso de la colonización británica, por agentes de compañías comerciales privadas). A pesar de que antes del siglo XIX no dispusieran de armas particularmente eficaces, rápidamente tomaron el control de poderosos imperios (el de los aztecas y el de los incas en América, el del Gran Mogol en la India), ya fuera apoyándose en minorías esclavizadas que se sublevaron en contra de los soberanos autóctonos, ya fuera estableciendo alianzas (como en las Indias) con personalidades influyentes indígenas, que encontraron en el sistema jurídico introducido por los

Europeos, la oportunidad de apropiarse de las tierras que la tradición y el soberano confiaban (a cambio de un impuesto) a la gestión de las comunidades locales. En África tropical, los colonizadores europeos en el siglo XIX se apoyaron en los pueblos que eran víctimas de los mercaderes de esclavos africanos. La colonización habría sido imposible sin el auxilio de grupos y de personalidades influyentes autóctonas. Pero fueron sus descendientes, en gran medida, los que en el siglo XX dirigieron movimientos de independencia, con la finalidad de deshacerse de la tutela de las autoridades coloniales.

El papel de las personalidades autóctonas, cómplices y explotadoras de la colonización, antes de volverse en mayor o menor medida competidoras de ésta, es capital para entender el funcionamiento del neocolonialismo en las situaciones poscoloniales.

La diversidad de las situaciones poscoloniales

Sociedades poscoloniales antiguas y muy particulares

Sin embargo, los autóctonos no fueron quienes ganaron la lucha por la independencia en América, sino los europeos nacidos en la colonia (a los que en América Latina se llamaba criollos), quienes quisieron reforzar su poder en contra de los funcionarios procedentes de Europa y deshacerse del monopolio comercial de la metrópoli. Las colonias de América establecieron la mayor parte de su riqueza con la explotación de la mano de obra autóctona y, en algunos casos, de la de los esclavos llevados de África. Pero, cuando los beneficios tomaron dimensiones considerables y después de que la trata de esclavos fue prohibida en principio después de 1815, hubo que recurrir paulatinamente a trabajadores libres procedentes de Europa, a los cuales se les concedieron algunas tierras en mayor o menor cantidad. Así pues, las colonias se volvieron colonias de asentamiento europeo. Los europeos crearon la mayoría de las grandes ciudades de América Latina cerca de las costas, y fueron ellos los que trajeron cultivos procedentes de Asia –algodón, caña de azúcar, café– para explotar la producción de estos hacia Europa. Estados Unidos es el único caso de transformación tan considerable de una ex colonia en un gran país industrial.

En el análisis de las relaciones poscoloniales también hay que tomar en cuenta, pues, la época en la que se produjo la independencia, es decir, la separación de poderes políticos entre la metrópoli y la colonia, pero también las características sociales y culturales de una y otra, no solamente las del grueso de la población, sino también las de sus grupos dirigentes. Para tal fin, se requiere tomar muy en cuenta las diferencias y similitudes de las lenguas.

Para apreciar todas las evoluciones posibles de las relaciones poscoloniales, resulta útil mencionar la primera de las guerras de independencia, la de Estados Unidos de América (1775-1783). Su población, aunque procedente de Gran Bretaña y por este hecho anglófona, se rebeló contra la dominación colonial del Reino Unido (que imponía particularmente su monopolio comercial). Los “americanos” lograron obtener su independencia pagando por ella el precio de una lucha pertinaz y fundaron la primera de las repúblicas modernas para oponerse a la Corona británica. Las relaciones con la antigua metrópoli fueron, en un principio, de lo más tensas, lo cual debía tener consecuencias proporcionales en una vasta parte del mundo, puesto que los ingleses impusieron poco después de la independencia de Estados Unidos (desde 1807 y en el congreso de Viena en 1815) la prohibición mundial de la trata de esclavos para impedir que se renovara la mano de obra de servicio de los plantadores estadounidenses. Sin

embargo, los aparatos esclavistas africanos¹ siguieron practicando la captura y la trata de esclavos en África -gracias a lo cual la trata francesa, a pesar de la prohibición, continuará realizándose a un ritmo regular hasta 1830 (hay que decir que Francia no abolió la esclavitud sino hasta 1848).

Posteriormente, estas relaciones poscoloniales entre Estados Unidos y el Reino Unido se transformaron a medida que se desarrollaron la emigración británica y la exportación de capitales bancarios ingleses hacia el inmenso mercado que constituía América del Norte. Cabe señalar que en 1898, la intervención del ejército yanqui en la guerra que el ejército español llevaba a cabo en Cuba para impedir la independencia de la isla hizo que Estados Unidos heredara una posesión colonial, las Filipinas, y dos semicolonias, Puerto Rico y Cuba. La primera Guerra Mundial hizo de Estados Unidos el principal acreedor de Gran Bretaña mientras que en 1914 constituía su principal deudor. Hablar de relaciones poscoloniales inversas es, evidentemente, una paradoja histórica. En cuanto a las relaciones culturales de Estados Unidos, estas deben analizarse junto con toda Europa, en particular en virtud de la emigración de los judíos ashkenazis de Europa central y oriental, cuyos descendientes ocupan actualmente un importante lugar en los medios intelectuales estadounidenses.

El tiempo poscolonial de las colonias hispánicas de América es muy distinto aunque, al igual que en Estados Unidos, no fueran los autóctonos, los “indios” los que se rebelaran a principios del siglo XIX en contra del régimen colonial español, sino los “criollos”, es decir, los descendientes, grandes propietarios y comerciantes, mestizos en mayor o menor grado, de los conquistadores llegados de España. Las oligarquías criollas aprovecharon la ocupación de España por las tropas napoleónicas para rechazar el monopolio comercial impuesto por la administración española y repartirse, en detrimento de los indios, las tierras de la Corona. Esta minoría privilegiada europea evidentemente hablaba castellano y, una vez adquirida la independencia (con el apoyo interesado de Inglaterra), las relaciones culturales entre estas nuevas repúblicas de América y su ex metrópoli habrían podido seguir siendo muy estrechas, al igual que entre Estados Unidos y Gran Bretaña. Pero España, luego de la invasión napoleónica, sufrió durante más de cuarenta años una restauración monárquica ultra reaccionaria que impuso un régimen oscurantista particularmente repulsivo para con los intelectuales procedentes de las antiguas colonias que, además, se habían vuelto nuevas repúblicas. Estas últimas se volvieron, pues, hacia otros países europeos, mientras que muchos españoles siguieron emigrando hacia los países hispanohablantes de América. Por otra parte, con España, las relaciones de Cuba, cuya independencia fue mucho más tardía (1898), se mantuvieron y se desarrollaron, a pesar de los recuerdos de una dura guerra de independencia porque, con la “generación del 98”, los sectores intelectuales españoles vivieron una gran renovación después del choque de la guerra con Estados Unidos y la pérdida de las últimas colonias del Imperio español.

Con la gran revolución mexicana que da inicio en 1910, la de Emiliano Zapata y de Pancho Villa, los indios de México intentaron en vano tomar el poder. Sin embargo, su ejemplo sigue inspirando actualmente movimientos indios de América central y de los Andes (fue así como, en diciembre de 2005, el indio Evo Morales fue electo Presidente de Bolivia). En cambio, el proyecto de reunificación del antiguo Imperio español de Simón Bolívar (1783-1830) –este bolivarismo en el que actualmente se inspira el Presidente venezolano Hugo Chávez- es más bien de inspiración criolla, igual que el de los revolucionarios cubanos como José Martí (1853-1895). En lo que respecta a Fidel Castro, sabemos que es hijo de un gallego venido a Cuba tras la independencia,

¹ Véase [Pétré-Grenouilleau, 2004], del que hice una extensa reseña en *Hérodote*, n° 117 (“Élisée Reclus”).

al igual que muchos otros españoles, para paliar una grave penuria de mano de obra provocada por la salida de los antiguos esclavos negros hacia las ciudades. Fidel Castro es, en cierta medida, el producto de una situación poscolonial muy particular.

Situaciones poscoloniales más clásicas

El problema de las relaciones poscoloniales se presenta de manera muy distinta en el caso de naciones en las que la mayor parte de la población ignora (o casi no habla) la lengua de los antiguos colonizadores, incluso si, de alguna manera, esta siguió siendo oficial. Es el caso de varias antiguas colonias de Asia (particularmente India), pero sobre todo las de África tropical en donde, a causa de la extrema diversidad de lenguas autóctonas, la lengua de la ex potencia colonizadora –el francés, el inglés o el portugués- siguió siendo la del nuevo Estado. Aunque sea enseñada en las escuelas, de hecho, sólo la habla una menor parte de la población, los funcionarios y los sectores que tienen contacto con los turistas y que, fuera de sus funciones, se expresan con más frecuencia en una de las diversas lenguas maternas existentes.

Las relaciones de esas ex colonias con su antigua metrópoli parecen, en un primer momento, limitarse a los intelectuales y a los dirigentes y militantes políticos, pero también hay que tomar en cuenta la importancia de la emigración hacia Europa, a pesar de la considerable atracción que ejerce Estados Unidos. Aparte de las de América Latina, casi todas las antiguas colonias (incluyendo las Antillas) se caracterizan por flujos migratorios más o menos importantes hacia su antigua metrópoli. No solamente estos inmigrantes ya conocen la lengua, sino que muchos de ellos también tienen ahí algunas relaciones más o menos antiguas, que a veces se remontan a los “tiempos antiguos”, los de la colonia. Desde luego, estos inmigrantes llegados de antiguos imperios coloniales no dejan de sufrir en Europa o en Estados Unidos manifestaciones de xenofobia o de racismo pero, al menos en el caso de los inmigrantes de la primera generación, no es raro que estas vejaciones sean consideradas menos duras que la manera de actuar habitual de la policía o de los patrones en el país que dejaron.

Contrariamente a una ilusión alimentada con frecuencia por las organizaciones humanitarias, no son sólo los más pobres los que parten actualmente de los países del tercer mundo, puesto que casi no cuentan con los recursos para pagarse el viaje o hacer frente, en Europa, a los primeros gastos de instalación. A menudo también emigra gente originaria de las clases medias o acomodadas, no solamente por razones financieras, para encontrar clientes o poder ejercer el oficio para el que se formaron (de este modo, en Inglaterra se encuentra a muchos médicos indios), también hay que contar a todos esos intelectuales, periodistas, profesores, etc. que parten para huir de un régimen o de las personalidades de influencia locales que les impiden expresarse o que los persiguen por sus ideas políticas.

Aún son raros, en efecto, los regímenes verdaderamente democráticos en los países que fueron colonizados (e incluso en países como Rusia que, sin embargo, siempre fueron independientes), cuando en las ex potencias coloniales, al igual que en el resto de los países de Europa occidental, las libertades públicas fundamentales y las reglas de la justicia son, en nuestros días, más o menos respetadas, aún en materia de inmigrantes. Para una nación, no es solamente el hecho de no haber sido colonizada lo que explica las condiciones más o menos democráticas en las que vive actualmente su población. De tal modo, Rusia, y posteriormente la URSS, dominaron un imperio, pero los rusos –desgraciadamente- han pasado del autoritarismo zarista a algo mucho peor, la tiranía del régimen soviético, a la que sucedió, en la miseria, el reino de las mafias y de los apparatchiks que supieron confiscar el “liberalismo” para provecho propio.

Para las ex colonias, herencias complejas y entremezcladas

Esbozar una geografía de las libertades y, al contrario, la de las violaciones a los derechos del hombre y de la mujer implica referirse a las estructuras políticas que han aparecido sucesivamente en los diferentes tiempos de la historia. En el caso de los países del tercer mundo, es cómodo para cada país hacer una distinción esquemática de tres periodos distintos cuyas herencias se entremezclan actualmente: el periodo precolonial que, según el caso, ha presentado formas de organización social muy distintas (tribales o las de los grandes imperios) que han perdurado por poco o mucho tiempo y se han transformado en mayor o menor medida con la colonización; la época colonial, que fue más o menos larga, y durante la cual se establecieron, en provecho de los europeos, pero también en el de algunas personalidades autóctonas, algunas formas de poder muy disímiles según los países; por último, el periodo poscolonial, con regímenes políticos que también han sido muy distintos según el papel que en ellos desempeñan las minorías privilegiadas surgidas de la colonización, los representantes de las clases medias, los militares o los dirigentes de grupos revolucionarios que instauraron por un tiempo el socialismo y la dictadura de un pretendido “proletariado” –en realidad la de los jefes de un ejército o de un partido militarizado.

Según los países del tercer mundo de los que se trate, la independencia política es más o menos antigua: dos siglos en América hispánica, de cuarenta a cincuenta años en el caso de muchos países de África y de Asia, veinticinco años en lo que respecta a las colonias portuguesas de África, menos de diez años en lo que concierne a Sudáfrica o a las repúblicas de la ex URSS, suponiendo que el final del apartheid o del socialismo pueda asimilarse a un proceso de independencia. Desde este acontecimiento fundador de las naciones modernas, según el caso ha pasado un tiempo más o menos largo y han ocurrido transformaciones más o menos importantes en las relaciones con las antiguas metrópolis.

Para plantear de manera útil el asunto poscolonial, no basta con tomar en consideración el tiempo que ha transcurrido desde la independencia. Aunque este acontecimiento no haya cambiado radicalmente todos los problemas e incluso si perduran formas de dependencia económica, la independencia política es una transformación de extrema importancia para una gran parte de la población, aunque sólo sea en función de las nuevas ideas y aspiraciones que entonces se propagaron. A mi manera de ver, hablar de cuestión poscolonial para tal nación o para tal Estado no significa que su independencia política sea aún más o menos limitada, en especial respecto a la antigua metrópoli colonial. Al contrario, casi se podría decir que, en nuestros días, incluso en las repúblicas de América Latina cuya independencia tiene cerca de dos siglos, el sentimiento nacional y el valor concedido a la idea de la independencia se manifiestan con mayor fuerza en los países que fueron colonizados que en numerosos países de Europa occidental.

Plantear la cuestión poscolonial consiste en analizar las interacciones, principalmente las culturales, que existen actualmente entre dos naciones que en otra época estaban situadas en una relación geopolítica de tipo colonial –es decir, una autoridad política extranjera ejercida durante largo tiempo en un pueblo, por derecho de conquista (y con la complicidad de personalidades influyentes locales), con un sometimiento de la población autóctona a formas de organización concebidas y comandadas por dirigentes portadores de otra cultura nacional y originarios de un país más o menos lejano. Esta relación geopolítica colonial se volvió bastante excepcional y fue en la lucha por la independencia cuando se constituyeron numerosas naciones de

África, de Asia y de América (incluyendo Estados Unidos). Esto no bastó para que los contactos hayan desaparecido con su ex metrópoli. En algunos casos, ya lo hemos visto, se desarrollaron considerablemente.

Mientras que esta relación geopolítica de tipo colonial fue en cierto modo culturalmente unilateral, en la relación poscolonial, en cierta medida, existe mucho más reciprocidad. En efecto, si bien es cierto que una parte más o menos significativa de la población colonizada entendía y aprendía la lengua del colonizador e incluso imitaba a veces algunos de sus comportamientos, también lo es, sin embargo, que en la metrópoli colonial (con la debida excepción de los círculos “coloniales”) en otros tiempos se ignoraba prácticamente todo acerca de las culturas de “ultramar”. Actualmente, en Francia por ejemplo, debido al crecimiento del número de habitantes procedentes de países de cultura musulmana, pero también a la evolución de las ideas, el número de personas que entienden el rai, comen cuscús y tienen amigos “árabes” es incomparablemente más grande que en tiempos de la “Argelia francesa”. Esta es la prueba de la importancia de las relaciones poscoloniales.

Sin embargo, estas últimas son mucho menos importantes para los países de América hispánica, que en total están nueve veces más pobladas que la España actual. Para cada uno de ellos, estas relaciones poscoloniales se limitan a recordar viejos orígenes familiares y a tener una lengua y una literatura comunes, lo que Franco (y después Primo de Rivera) llamó la Hispanidad. El Rey Juan Carlos habla actualmente de una “comunidad iberoamericana de naciones” que es, en cierto modo, una zona de prestigio diplomático. Pero, las migraciones de los *Latinos* se efectúan, esencialmente, no hacia la península ibérica, sino hacia Estados Unidos, y lo mismo ocurre en lo que respecta a los intercambios económicos.

Otro es el caso de toda la “francofonía”. Es indudable que se trata sobre todo de países en los que solamente una parte de la población hace uso del francés, que compite más o menos frecuentemente con las lenguas maternas autóctonas. Pero, aunque solamente sea por los flujos migratorios hacia Francia, las relaciones de estos francófonos de ultramar con la sociedad francesa son mucho más importantes que las de los hispanohablantes de América con España.

El desarrollo de las relaciones poscoloniales en torno al Mediterráneo occidental

La cuestión poscolonial se plantea a escala mundial para un gran número de países, pero, indudablemente, las relaciones poscoloniales más estrechas se dan (estas tienen un significado concreto para un gran número de familias) entre los países del norte de África y los del sur de Europa, y son también las más contradictorias, puesto que en esta parte del mundo las independencias son relativamente recientes, lo que hace que muchos hombres y mujeres tengan aún en mente los dramas y las injusticias que marcaron las luchas por la independencia.

El peso de la relación Francia-Magreb

En el Mediterráneo occidental, las relaciones poscoloniales tienen que ver sobre todo con Francia y los tres países del norte de África. En primer lugar, porque la dominación colonial francesa se ejerció allí a partir de 1830 en formas que, por cierto, son notablemente distintas según las épocas, en los territorios más poblados y más amplios (con la extensión al Sahara argelino). A principios del siglo XX, España, a partir de los antiguos *presidios* que aún conserva en la actualidad —el de Ceuta, que está frente a

Gibraltar y el de Melilla- no ejerció su protectorado en el norte de Marruecos más que en la zona montañosa de Rif, que era relativamente pequeña, y en el Sahara en vastos territorios costeros y desérticos que están frente al archipiélago español de las Canarias. En 1911, después de una guerra contra los turcos, Italia anexó al sur de Sicilia vastos territorios en Libia, pero estos tenían muy poca densidad poblacional.

Si Francia tiene actualmente tal importancia en las relaciones poscoloniales con los países del norte de África, es también en virtud de su evolución demográfica tan particular. En efecto, en el siglo XIX, la muy precoz reducción de la tasa de natalidad en Francia provocó una falta más o menos crónica de mano de obra, lo cual dio como resultado que se recurriera sistemáticamente a la inmigración: en primer lugar, la procedente de diversos países europeos, luego, la de Argelia, sobre todo después de la segunda Guerra Mundial. Al contrario, el hecho de que se mantuviera hasta el periodo de entreguerras un fuerte crecimiento demográfico combinado con una creciente insuficiencia económica en Italia, España y Portugal, provocó que en estos países apareciera una situación crónica de desempleo y fuertes emigraciones hasta una época relativamente reciente. Evidentemente, esto impidió toda inmigración extranjera. La de los norteafricanos comenzó hace apenas algunos años en España y en Italia, y se trata con más frecuencia de clandestinos que llegan luego a otros países de la Unión Europea, a pesar de que el recuerdo de la Andalucía árabe, *Al Andalus*, atraiga al sur de España y a Granada a numerosos estudiantes marroquíes, pero también de Medio Oriente.

En Europa, Francia es el Estado al que más le conciernen los problemas del norte de África y el desarrollo de las relaciones poscoloniales. Desde la independencia de Argelia en 1962, el número de personas de origen argelino que viven en Francia (ya sea que hayan inmigrado o que hayan nacido en el país) se ha multiplicado más o menos por seis, y la mitad de ellas pose actualmente la nacionalidad francesa. Tal crecimiento plantea realmente una gran interrogante puesto que, lógicamente, después de siete años de una guerra cruel, las relaciones entre argelinos y franceses deberían haber sido execrables durante mucho tiempo. Para explicar esta inmigración paradójica, es necesario comprender las razones de unos y otros.

En lo que respecta a Francia, la gran mayoría de la opinión, luego de la independencia de Argelia, estaba feliz de salir, gracias al General de Gaulle, de una muy grave crisis política que, en Francia misma, había durado cerca de cuatro años. Numerosos franceses consideraron que esta guerra quizás había sido el resultado de un grave error, el de no haber aplicado durante más de un siglo (sin siquiera hablar de la fase de conquista) los grandes principios de la República –libertad, igualdad, fraternidad- en los departamentos franceses de Argelia (creados en 1848 y donde los musulmanes no tenían derecho de voto). Por otra parte, los “pieds-noirs” [franceses nacidos en Argelia, N. de la T.] refugiados en Francia no pudieron constituir un “partido de los refugiados” que hubiera podido denunciar la inmigración masiva de argelinos. Por último, el sector patronal estaba muy satisfecho de su venida, puesto que aún hacía falta mano de obra en 1960.

En lo que se refiere a Argelia, la emigración hacia Francia es mucho más paradójica. En efecto, partieron rumbo a Francia no sólo algunas decenas de miles de harkis (auxiliares de las tropas francesas) que habían logrado fugarse (la mayoría de ellos fueron abandonados por los franceses a un destino cruel), pero también, y sobre todo, argelinos, de los cuales, muchos acababan de combatir por la independencia de Argelia.

Esta paradoja es resultado de la crisis geopolítica que experimentó el movimiento nacional argelino, por el hecho de que no solamente se había desarrollado en los maquis argelinos (principalmente en las regiones montañosas, en especial

Kabilia), sino también en Túnez y en Marruecos, del otro lado de las barreras electrificadas construidas por el ejército francés en el límite de las fronteras. Ya que el mismo ejército levantó esas barreras, en vísperas de la independencia, las fuerzas del ALN (Ejército de Liberación Nacional), dirigidas por el coronel Boumediene, que se constituyeron en Marruecos y en Túnez, al fin pudieron entrar a Argelia. Un grave conflicto contrapuso, durante junio y julio de 1962, en los alrededores de Argel, a estas fuerzas con los maquis, en especial el de Kabilia, que habían tomado el control de la ciudad. El “ejército de las fronteras”, mejor equipado en armas pesadas, fue el que se hizo del poder.

Al año siguiente, en 1963, la insurrección en las montañas bereberes de Kabilia consumó la ruptura entre los jefes del ejército del exterior y los de los maquis, algunos de los cuales debieron huir a Argelia y fueron a buscar refugio... en Francia, donde gozaron de la ley de amnistía general proclamada por de Gaulle puesto que, jurídicamente, aún eran ciudadanos franceses. Esto explica, por una parte, el diferendo que opone desde hace mucho tiempo al ejército con los demócratas argelinos y el partido de mayoría cabil, el FFS (Frente de las Fuerzas Socialistas) así como, desde hace poco, con el partido que compite con este último, creado en 1989, el RCD (Unión por la Cultura y la democracia).

Para explicar la importancia de esta emigración argelina hacia Francia, también es necesario tomar en cuenta los efectos del creciente desempleo en Argelia, así como el monopolio político ejercido durante más de veinticinco años por el partido único, el FLN. Las rivalidades internas incitaron a muchos de sus miembros a partir también ellos a Francia y a reunirse con los miembros de su familia que ya se encontraban allá lo que, para el poder en turno, significó una especie de cómoda válvula de escape al descontento de los intelectuales.

A estas causas políticas de la emigración hacia Francia que son características de Argelia también se suman las causas más generales que explican la emigración de un creciente número de marroquíes y tunecinos: el desempleo, el deseo de promoción social y las esperanzas de éxito profesional, pero también la necesidad de los intelectuales de huir de los regímenes poco democráticos. A partir de 1975, la súbita aparición del desempleo en Francia incitó al gobierno a prohibir la inmigración, pero Valéry Giscard d'Estaing decidió autorizar a los extranjeros instalados desde hacía varios años a que hicieran venir también a los miembros de su familia. La aplicación de este principio del “reagrupamiento familiar” explica que la inmigración legal procedente del norte de África no se ha detenido –por otra parte, se sumó la inmigración clandestina. Sabemos que, en el contexto de un desempleo masivo y crónico, la presencia de unos cinco millones de personas originarias de países de cultura musulmana alimenta en la población francesa sentimientos de xenofobia. Este es el caso sobre todo en los sectores populares en los que se acusa con razón, o sin ella, a algunos magrebíes (y sobre todo a los marroquíes procedentes de Rif, donde se produce el hachís) de desempeñar un importante papel en el tráfico de droga y contribuir al aumento de la inseguridad.

Todo esto forma parte de las relaciones poscoloniales y estas toman tal envergadura que es casi imposible frenar a corto plazo los efectos negativos, ya que el obstáculo más grave para una integración positiva de estos inmigrantes magrebíes francófonos y de sus descendientes (con frecuencia de nacionalidad francesa) es, evidentemente, el desempleo. Pero, las relaciones poscoloniales no sólo tienen efectos negativos para Francia y para el norte de África, en particular para Argelia. Así, podemos citar el ejemplo de esta verdadera inteligencia francófona y berebere, más

exactamente cabil, que se desarrolla en Francia, donde contrarresta específicamente las maquinaciones de las redes islamistas (véase el artículo de Camille Lacoste-Dujardin).

La guerra civil argelina también es poscolonial

Por último podemos considerar desde el ángulo de la cuestión poscolonial la tragedia por la que atraviesa Argelia desde 1992. Para esquematizar podemos decir en primer lugar, y es una evidencia, que esta guerra civil es el resultado de la oposición de los grupos islamistas a un poder militar que afirma defender la República. Pero, es necesario tomar en cuenta el hecho de que el argumento de los islamistas no se limitó al ámbito religioso. En efecto, ellos proclamaron que estaban realizando en Argelia una “nueva guerra de independencia”, puesto que acusaron a los altos mandos del ejército argelino en el poder de recibir apoyo de Francia e, incluso, de ser sus “lacayos”.

De entrada, esta acusación parece paradójica, en la medida en que los jefes actuales del ejército argelino invocan ser oficialmente quienes combatieron de 1954 a 1962 contra el ejército francés. Si muchos argelinos estuvieron –desgraciadamente- más o menos convencidos por este argumento islamista asestado de manera simplista, es porque indiscutiblemente comporta una parte de verdad, la de la corrupción que gangrena al país, ampliamente alimentada por las redes de complicidades que se han desarrollado, sobre todo desde 1980, entre los generales que se encuentran en el centro del poder real en Argelia y algunos sectores políticos y económicos franceses [Aggoun y Rivoire, 2004]. Pero también existe, junto con muchos otros factores, una razón cultural que quizás sea más profunda: los principales mandos del ejército saben hablar francés y usan con facilidad esta lengua, al igual que una parte aún significativa de ingenieros, periodistas, intelectuales, médicos y altos funcionarios de la administración, agregando a este hecho que unos y otros mantienen, además, estrechas relaciones con los miembros de su familia que viven en Francia. Es así como, aún en nuestros días, el tiraje de diarios argelinos en francés sigue siendo importante, aún si cada vez tienen más competencia con la prensa de lengua árabe.

Por otro lado, en los sectores populares, se habla sobre todo el árabe y, desde 1990, una parte creciente y, a partir de entonces, mayoritaria de las nuevas generaciones de ejecutivos medios y de intelectuales es principalmente de habla árabe. Tanto unos como otros se sienten excluidos y consideran que los “francófonos” son los privilegiados que dirigen y explotan Argelia. Sin duda alguna, el grupo francófono no es homogéneo, ya que cuenta también con muchos intelectuales y demócratas que ponen en tela de juicio el poder del ejército y el de los caciques del FLN, el ex partido único; pero todos se oponen a los islamistas más radicales (los moderados se han unido al poder y se han integrado al gobierno desde finales de los años 1990), que los acusan de ser falsos musulmanes y traidores en vista de que mantienen relaciones estrechas con Francia, con franceses y con la cultura francesa.

Es necesario tener en cuenta, en efecto, el hecho de que, entre los argelinos que combatieron por la independencia de su país, son muchos los que –cabiles en especial- ya habían ido a trabajar a Francia con anterioridad, y hacían una distinción entre los “franceses de Francia” y los “pieds-noirs” de Argelia. Y, no hay que olvidar tampoco que el considerable esfuerzo de enseñanza iniciado por el gobierno argelino en los años que siguieron a la independencia se realizó en gran parte en francés. Numerosos “cooperantes” franceses fueron enviados a Argelia y miles de argelinos fueron a hacer sus estudios superiores a Francia, para formar a los altos funcionarios de la nación. Es así como los funcionarios de esta generación hablan francés, y no solamente en sus actividades profesionales.

Sin embargo, la difusión del francés, en un país cuyos dirigentes sucesivos proclamaban la arabidad, representó un problema y, a principios de los años 1970, el Presidente Boumediene decidió arabizar progresivamente todos los niveles de enseñanza. Los primeros ciclos de las universidades fueron arabizados en 1980. A pesar de ello, en las familias acomodadas en las que se habla comúnmente el francés, los jóvenes aprendieron esta lengua de manera más o menos espontánea. En los sectores populares, los jóvenes que sólo aprendieron el árabe se sienten tanto más desfavorecidos cuanto que están desempleados y que la propaganda islamista acusa a los “francófonos” de ser privilegiados, falsos musulmanes y de monopolizar los “buenos lugares” en detrimento de los verdaderos argelinos.

La guerra civil que desgarró a Argelia en los años 1990 evidentemente no es sólo el resultado de esta inequidad cultural. Hay que señalar que también, tanto en Marruecos como en Túnez, se habla francés en los sectores favorecidos y en una gran parte de las clases medias, sin que por ello los movimientos islamistas (particularmente fuertes en Marruecos), al menos por el momento, hayan difundido el argumento antifrancés en contra de los privilegiados, y que sí ha contribuido a tener audiencia en Argelia. Quizás sea porque, en estos dos países en los que el fin del protectorado se logró sin demasiados dramas, los islamistas no pueden explotar tanto el tema nacionalista de la guerra de independencia que habría que retomar en contra de Francia.

También a este respecto es muy claro que las relaciones poscoloniales pueden tener muy graves consecuencias. En Argelia, hastiada de la guerra, al no lograr los islamistas radicales tomar el poder y en virtud de que los altos mandos del ejército no logran concretar su objetivo, parece que se ha llegado a una especie de compromiso cuya evolución, a partir de 2005, va depender también de los cambios de la situación en Medio Oriente, después de que el ejército estadounidense haya salido de Irak, lo que podría ocurrir en un futuro relativamente cercano.

La ola del nuevo anticolonialismo en Francia y las relaciones con Argelia

¿Cuáles son los retos para los debates actuales sobre el “colonialismo”?

Desde la independencia de Argelia, en estos tiempos jamás se ha discutido tanto en los medios franceses sobre el colonialismo y las consecuencias de la colonización. Según algunos, la sociedad francesa en la actualidad podría estar aún seccionada por la “fractura colonial” [Blanchard *et al.*, 2002]. Como se dijo, en enero de 2005 se lanzó un llamado a los “indígenas de la República”, expresión paradójica que inmediatamente suscitó diversas reacciones de inquietud, en particular, de la izquierda. Y, sin que haya ninguna relación directa de causa efecto, la gran ola de agitaciones en los suburbios que se formó los días 28 y 29 de octubre para repetirse durante las doce noches que siguieron, evidentemente suscitó innumerables comentarios en los que, en mayor o menor medida, se trató sobre la colonización, ya que dichos disturbios los habrían efectuado sobre todo jóvenes “surgidos de la inmigración” magrebí y africana (véase el artículo de Béatrice Giblin).

Se puede notar que estos comentarios fueron, en suma, muy poco contradictorios, en la medida en que están de acuerdo respecto a la gravedad del desempleo, el cual se considera la causa económica y social mayor del “malestar de los suburbios”. Cuando podía temerse que en estos disturbios se manifestaran redes islamistas clandestinas, no fue el caso. En cambio, las organizaciones musulmanas más o menos oficiales pregonaron mantener la calma. Aún no se ha hablado del papel desempeñado por provocadores en estos disturbios que escandalizaron a la opinión pública, algo de lo que algunos políticos esperan sacar pronto un gran provecho

electoral. Fueron sobre todo los medios extranjeros los que, desde Nueva York hasta Pekín, abundaron en comentarios sobre el “resquebrajamiento del sistema francés de integración”, es decir, la integración de las personas procedentes de países que formaron parte del antiguo imperio colonial francés.

Con demasiada frecuencia, hemos olvidado que los primeros grandes debates públicos sobre el carácter oportuno de la colonización se remontan a Francia, a julio de 1885, cuando Jules Ferry y Georges Clemenceau se opusieron violentamente a la Asamblea Nacional, el primero –que saldría victorioso- abogando por la “misión civilizadora” de Francia, el segundo, también republicano, denunciando en este proyecto “todos los crímenes desencadenados, la opresión, los ríos de sangre, el débil oprimido, tiranizado por el vencedor”. Del mismo modo, los debates sobre la descolonización durante la guerra de Indochina (1947-1954) y, sobre todo, durante la de Argelia (1954-1962), tenían objetivos políticos precisos –los anticolonialistas franceses de entonces, mucho menos numerosos, reclamaban el final de los conflictos sin solución que, en esta segunda mitad del siglo XX, deshonraban a Francia.

Tomando en cuenta estos antecedentes, los debates actuales sobre el “colonialismo”, que son, más o menos, el tema de mayor audiencia de los medios, parecen tener en Francia algunos retos políticos mucho más imprecisos. En efecto, casi todas las colonias francesas se volvieron independientes desde hace cuarenta años, incluso más. Si bien es cierto que el neocolonialismo subsiste, también lo es que funciona sobre todo con los dirigentes de estos nuevos Estados independientes. Los actuales debates sobre la herencia de la colonización buscan, por supuesto, hacer que se reconozca en Francia una mayor justicia social para aquellos y aquellas cuyos padres o abuelos vinieron de las antiguas colonias. Sin embargo, para algunos de los intelectuales que llevan a cabo estos debates, el desafío también tiene que ver, retrospectivamente, con las representaciones históricas y, sobre todo, ideológicas de lo que fuera la colonización.

Este interés quizás tenga alguna relación con los profundos cambios culturales que experimentó, en los últimos decenios, la sociedad francesa, y sus efectos en la inteligencia: la disminución de la clase obrera y el eco que suscitan en sus filas los discursos del Frente Nacional, la casi desaparición de las referencias al marxismo para explicar la evolución del mundo. También es necesario tomar en cuenta, en los sectores intelectuales y mediáticos, el peso que ha tomado el término de genocidio, por referencias más o menos justificadas a la Shoah. Debido a que la trata de esclavos africanos duró varios siglos, me parece que es el más largo de los crímenes contra la humanidad, pero no me parece que este dependa de una lógica de exterminación sistemática, como algunos se han atrevido a afirmar, simplemente por la simple y muy cínica razón de que el esclavo con el que se comerciaba tenía un notable valor mercantil.

Sin embargo, la reactivación del debate sobre la colonización y sus consecuencias se asocia en ocasiones con el hecho de denunciar la esclavitud como forma primera y mayor de genocidio. De este modo, *El libro negro del colonialismo*, obra colectiva dirigida por Marc Ferro [2003] y gran éxito en librerías, tiene como subtítulo: *Del siglo XVI al siglo XXI: de la exterminación al arrepentimiento*: la exterminación, cuya presencia en el colonialismo es el punto tratado, es la de los indios de América, lo cual provocó el desarrollo de la trata de esclavos africanos para obtener mano de obra. El tema del genocidio asociado con el hecho de denunciar el “colonialismo”, sin que siquiera se trate de esclavitud, le da su título al libro de Olivier Le Cour Grandmaison: *Coloniser, exterminer* [2005], y cuyo subtítulo es *Sur la guerre et l'Etat colonial*. Bajo este título muy general, en realidad sólo se trata la primera fase

de la conquista de Argelia, la de la guerra contra Abd El-Kader en el Oranesado donde, efectivamente, una gran parte de la población fue exterminada, por el tipo de guerra. Esto permitió que, treinta años más tarde, viniera a Argelia occidental un gran número de franceses campesinos sin tierra y que se les distribuyeran terrenos, tal como se hacía en Estados Unidos, pero a otra escala muy distinta.

Se podría ubicar los inicios del nuevo debate sobre el colonialismo y sus diversas consecuencias en 1988, año del ciento cincuenta aniversario de la abolición de la esclavitud en las colonias francesas de la época, es decir, en Guyana, Guadalupe, Martinica y La Reunión. Celebrado como es debido en los actuales departamentos de ultramar, este aniversario ofreció la oportunidad de denunciar las perdurables secuelas del periodo de la esclavitud, pero también permitió mencionar la persistencia de una situación de tipo colonial, en mayor o menor medida, con respecto a una metrópoli lejana. Es verdad que, sobre todo desde 1950, esta última efectúa importantes “transferencias sociales” hacia los Departamentos de Ultramar [DOM, por sus siglas en francés], que hacen que su PIB por cabeza se triplique con respecto al de las islas vecinas que sí se volvieron independientes. La idea de independencia tiene un gran poder de movilización pero, como es posible imaginar las considerables consecuencias que tendría la reducción de los subsidios de la metrópoli, la “memoria histórica” se orientó hacia la denuncia de la esclavitud. Hasta estos últimos años, la mayoría de los negros (para hablar como lo hacía Aimé Césaire) que vivía en Francia era de Antillas y de La Reunión, y llegaban en un contexto de migraciones organizadas en los años de 1960 por la Oficina de Migraciones de los Departamentos de Ultramar (BUMIDOM, por sus siglas en francés), lo que, en nuestros días, algunos denuncian de manera un tanto abusiva como una nueva deportación. Desde hace algunos años, las personas que han llegado de manera más o menos ilegal de África negra francófona a Francia son cada vez más numerosas. En el debate sobre la colonización que se refiere principalmente a la guerra de Argelia, antillanos y africanos –a pesar de sus diferencias- quieren lograr que se escuche su voz común. Algunos de ellos constituyeron el 26 de noviembre de 2005 un Consejo representativo de las asociaciones negras, el CRAN, que podría reunir alrededor de sesenta asociaciones.

Por otra parte, casi no se habla de aquellos cuyos padres o abuelos vinieron de Indochina, donde la dominación colonial fue quizás aún más brutal y humillante que en otras partes: la guerra que llevó a cabo en Indochina un cuerpo de expedicionarios franceses fue tan larga y cruel como aquella que, en total, dos millones de soldados franceses debieron ir a realizar a Argelia de 1954 a 1962. La mayoría de los vietnamitas y chinos de Vietnam que llegaron a París en 1975 (después de la caída de Saigón y la debacle estadounidense) se instaló en barrios que hicieron suyos, y muchos de ellos tuvieron gran éxito en los negocios, gracias a redes financieras mundiales. Discretos en especial en cuanto al número de trabajadores chinos que emplean clandestinamente, prefieren no dar de qué hablar, y algunos se “integraron” solamente por los negocios.

¿Un proyecto de tratado de amistad entre Argelia y Francia?

En el actual debate sobre la colonización, el lugar central que tanto la izquierda como la derecha conceden a la guerra de Argelia se reveló en la prensa por el escándalo en el gremio de historiadores –y que luego reactivaron los martiniqueses- por el artículo 4 de la ley del 23 de febrero de 2005, por la que discretamente votó un pequeñísimo número de diputados presentes en la Asamblea Nacional. Según este artículo, los programas escolares deben subrayar el “papel positivo” de la presencia francesa en ultramar, en

especial en el norte de África.² Este asunto llevó –tardíamente- al Presidente argelino Abdelaziz Bouteflika a amenazar con poner en tela de juicio el “tratado de amistad” entre Argelia y Francia, que debía firmarse próximamente.

El 29 de noviembre de 2005, los diputados socialistas solicitaron la abrogación del artículo 4 de la ley. Sin embargo, en la Asamblea Nacional, para no hacer concesión alguna a la oposición, la mayoría UMP rechazó toda modificación, aunque al gobierno le incomode que se ponga en tela de juicio el tratado de amistad entre Argelia y Francia.

Este proyecto de tratado –que algunos islamistas en Argelia denuncian- no debe tomarse a la ligera. En efecto, tiene un importante y sorprendente significado geopolítico, y este rebasa en mucho el de las declaraciones habituales de amistad diplomática entre Estados. A pesar de que hayan tenido que pasar más de siete años de cruenta guerra para alcanzar su independencia y aunque los argelinos estén apasionadamente ligados a esta, establecieron muy rápidamente relaciones mucho más numerosas y realmente mucho más positivas con Francia que en tiempos de la colonización. Ciertamente la guerra no se ha olvidado, pero un gran número de ellos habla cotidianamente el francés, una parte de sus parientes vive en Francia y una parte importante de los periódicos que leen en Argelia está publicada en francés. En Francia, desde 1962, ninguna corriente política ha mencionado, por supuesto, la hipótesis extravagante de una reconquista de Argelia, como, por lo demás, tampoco lo ha hecho respecto a ninguna de las antiguas colonias o protectorados.

Desde 1963, ya se ha dicho, algunos argelinos han venido desde Argel a trabajar a Francia,³ sin suscitar manifestaciones de hostilidad por parte de los franceses, ni de los mismos “pieds-noirs” a quienes se acababa de obligar a dejar Argelia. Desde 1962, los gobiernos franceses, ya sea de derecha o de izquierda, apoyaron al gobierno argelino cuando estuvo en dificultades, en especial a partir de 1992 y durante cerca de diez años, cuando el ejército argelino combatió por todos los medios la ofensiva de los movimientos islamistas. Las redes islamistas siguen inquietando a la opinión francesa, no solamente por los atentados que perpetraron en Nueva York, Madrid y Londres, sino también por el riesgo de que se propaguen en Francia en donde, como todos sabemos, actualmente viven alrededor de cinco millones de personas de origen musulmán, la mitad de ellos de origen argelino (son diez veces más numerosos que luego de la guerra de Argelia).

Es cierto, es necesario tomar en cuenta el riesgo de propagación de los islamistas radicales. Pero también es necesario no olvidar el hecho de que, desde hace más de veinte años, en el mundo musulmán y en sus márgenes se está desarrollando un conflicto más o menos subterráneo pero de gran envergadura entre gobiernos poscoloniales y grupos islamistas que pretenden imponer la “ley coránica” a todos los musulmanes y prohibirles toda práctica de la vida moderna (de origen occidental) que

² Esta ley que “reconoce la nación y la contribución nacional a favor de los franceses repatriados” pregona en su artículo 4 que “los programas escolares reconocen en particular el papel positivo de la presencia francesa en ultramar, en especial, en el norte de África, y concede a la Historia y a los sacrificios de los combatientes del ejército francés surgidos de estos territorios el prominente lugar al que tienen derecho”. El final de esta frase alude a los combatientes del norte de África que participaron en la segunda Guerra Mundial y a los harkis, soldados indígenas del ejército francés antes de 1962, al menos aquellos que lograron refugiarse en Francia. Ya en el continente, fueron puestos en reserva en los campos, quizás para evitar que constituyeran grupos de secuaces al servicio de un posible partido de repatriados hostiles a la política del General de Gaulle.

³ Se reunían con aquellos que ya estaban instalados; no olvidemos que el 17 de octubre de 1961, los argelinos que se manifestaron en París en contra del “toque de queda” que se les había impuesto fueron víctimas de una terrible “ratonnade” [ataque de europeos contra magrebíes, N. de la T.] por parte de la policía parisina, que dejó como resultado más de doscientos muertos.

no figure en la *charia*, como es el cine, la música “de variedad”, la educación de las niñas, la libertad de expresión, etc. Es verdad, estos gobiernos no son democráticos más que de un modo teórico, pero los islamistas que denuncian la opresión de la que son víctimas no lo son mucho más.

En Irán, los islamistas chiítas tomaron el poder en 1979 casi sorpresivamente, aprovechando los rumores sobre la próxima muerte del Shá y aliándose para tal fin con partidos laicos de izquierda, que posteriormente eliminaron. En los países árabes, los aparatos de Estado lograron contener la subversión de los islamistas, pero fue en Argelia donde, en 1990-1991, estuvieron a punto de ganar, durante unas elecciones muy pluralistas después de veinticinco años de partido único, intentando tomar el poder mediante grandes manifestaciones “a la iraní” y aprovechando la emoción suscitada por la guerra del Golfo tras la invasión de Kuwait.

En el mundo musulmán, de 1992 a 2002, en Argelia se desarrolló una verdadera guerra contra los islamistas, que resultó una terrible guerra civil. Pero, a pesar de los excesos de su política de represión (a causa de sus mismos excesos, dirán algunos), el gobierno de los militares tuvo, de hecho, el apoyo pasivo de la población. Los musulmanes de Francia, que sin embargo no se mostraban sumisos ante este tipo de presión, no dieron más apoyo a los islamistas, cuyas redes hasta ahora han sido desmanteladas gracias a la eficacia de la policía francesa y al auxilio discreto que muchos magrebíes le prestan. Pero, ¿cuáles serán las repercusiones de los cambios geopolíticos en Medio Oriente después del retiro de los estadounidenses de Irak?

El gran problema geopolítico de Argelia desde 1990 es la ofensiva islamista que puede reactivarse al combinar las contradicciones globales del mundo musulmán con las múltiples consecuencias de la colonización, las de la guerra de independencia, las de veinticinco años de “socialismo” y de diez años de guerra civil. Y, el gran problema geopolítico de Francia, es también el riesgo de la subversión islamista, repercusión lejana a la colonización con cuarenta años de diferencia y con contradicciones del mundo musulmán en la era de la globalización. En el caso de Francia y de Argelia, las relaciones poscoloniales son de una complejidad excepcional y corresponden a un interés geopolítico común. No se limitan a intereses relacionados con el petróleo y con el gas, sobre todo en vista de que Rusia puede reemplazar progresivamente a Argelia.

La cuestión poscolonial en Francia evidentemente no se reduce a esta convergencia geopolítica con Argelia. Una creciente parte de los jóvenes “surgidos de la inmigración” y que por este hecho son ciudadanos franceses ya que nacieron en Francia, rechaza la idea de integración que denuncian como un engaño, en vista del desempleo y de las discriminaciones de las que son víctimas. Una parte de ellos tiende a reivindicarse como minoría religiosa, de “color” o nacional (¿árabe?), y muchos de ellos reivindican derechos específicos y ciertas cuotas. Es así como se están desarrollando, desde hace poco, con el apoyo de intelectuales de extrema izquierda, movimientos como el de los “indígenas de la República”, o el de los “hijos de esclavos” o de la “Unión de *blacks* en Francia”, de los cuales algunos denuncian a la sociedad francesa como una sociedad colonial. En Francia, la cuestión poscolonial implica realmente la cuestión de la evolución de la Nación y de la idea que uno se hace de ella en función de las tendencias políticas.

Yves Lacoste

BIBLIOGRAFÍA

AGGOUN, L. y RIVOIRE, J.-B., *Françalgérie : crimes et mensonges d'États. Histoire secrète de la guerre d'indépendance à la « troisième guerre d'Algérie »*, Paris, La Découverte, 2005.

BLANCHARD, P. ; BANCEL, N. y LEMAIRE, S. (dir.), *La Fracture coloniale: La société française au prisme de l'héritage colonial*, Paris, La Découverte, 2005.

FERRO, M. (dir.), *Le Livre noir du colonialisme*, Paris, Robert Laffont, 2003. Existe una traducción al español de esta obra: FERRO, Marc, (dir.) *El libro negro del colonialismo: del siglo XVI al siglo XXI: De la exterminación al arrepentimiento*. Madrid, La Esfera de los libros, 2005.

LE COUR GRANDMAISON, O., *Coloniser, exterminer. Sur la guerre et l'Etat colonial*. Paris, Fayard, 2005.

PÉTRÉ-GRENOUILLEAU, O., *Les Traités négrières : Essai d'histoire globale*, Paris, Gallimard, 2004.

Revue des revues, sélection d'octobre 2006

Yves LACOSTE: «La question postcoloniale»
article publié initialement dans *Hérodote*, n°120.

Traducteurs:

Anglais: Alison Anderson

Arabe: Béchir Sibaie

Chinois: Yan Suwei

Espagnol: Eréndira Reyes

Russe: Marfa Kouznetsova

Droits:

©Les Éditions de la Découverte pour la version française

©Alison Anderson/Bureau du livre de New York pour la version anglaise

©Béchir Sibaie/Centre français de culture et de coopération du Caire – Département de Traduction et d'Interprétation pour la version arabe

©Yan Suwei/Centre culturel français de Pékin pour la version chinoise

©Eréndira Reyes/Institut français d'Amérique latine pour la version espagnole

©Marfa Kouznetsova/Centre culturel français de Moscou pour la version russe